

N.º 43

25cts

EL CABALLERO POR FUERZA

por PAT O'MALLEY y MAY Mc AVOY



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCION

MY OLD DUTCH 1926

EL CABALLERO POR FUERZA

Preciosa comedia de costumbres inglesas, interpretada
por los excelentes artistas

May Mac Avoy
y
Pat O'Malley

Adaptación literaria de
CRISPULO SOTARREDONA

Exclusivas Universal Hispano Americano Films, S. A.
Valencia, 233 - Barcelona

J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

LIBRERIA EDITORIAL
SANTILLANA

EL CABALLERO POR ELLOS

May Mc Avoy
Pat O'Malley

Pat O'Malley
Edgard Kennedy

Edgard Kennedy
Jean Hersolt

Imp. SABATE-Aribau, 205
Teléf G.1545-BARCELONA

El caballero por fuerza

REPARTO:

<i>Sara Grattan</i>	<i>May Mc Avoy</i>
<i>José Brown</i>	<i>Pat O'Malley</i>
<i>Guillermo Sproat</i>	<i>Edgard Kennedy</i>
<i>Roberto Huggins</i>	<i>Jean Hersolt</i>

Dedicado al Derby asnal

En las fiestas que anualmente celebran los vendedores ambulantes de hortalizas, de Londres, no podría faltar la carrera llamada Derby... de los burros.

Estos pintorescos ciudadanos londinense, cifran su mayor orgullo en celebrar sus pintorescas fiestas con esplendor y asisten a ella ataviados con sus trajes adornados con artísticos dibujos de botones de reluciente nácar.

Todo buen vendedor de hortalizas de Londres posee su correspondiente burro; pero son

una clase escogida, de la más fina aristocracia asnal que, además de ostentar una limpia genealogía, son por demás excelentes corredores.

Guillermo Eproat, rey de los vendedores ambulantes, cifraba su orgullo en poseer buenos burros. Nadie sabía de donde procedían los excelentes asnos de Sproat: sobre este asunto llevaba una prudente reserva y cuando le preguntaban sobre el particular solía responder evasivamente:

—Son unos irlandeses de buena casta que me proporciona un amigo de allá.

Todos los Derley asnales resultan animados por igual, pero aquel año se había entablado una dura competencia entre Guillermo Sproat y José Brown, sobre cual se llevaría el premio.

José Brown era un buen muchacho. Sólo se le achacaba el defecto de poseer ciertas costumbres refinadas, a consecuencia, se decía, de ser proveedor de varias casas de la grandeza. Esto, como es natural, le hacía darse cierta importancia y hasta acariciar el quimérico anhelo de llegar a ser lo que él llamaba un caballero.

Guillermo se presentó a la pradera donde se celebraba el anual concurso, llevando junto al asiento del carretón a una dulce muchachita cuyo rostro de correctas facciones anataban unos ojos suaves y acariciadores. Se



—¡Súbete ahí para que veas como gano la carrera!

llamaba Sara Grafton, era vendedora ambulante y, además, novia de Guillermo.

Brown no acompañaba a ninguna muchacha, razón que le ponía en situación inferior respecto a su rival; pero le acompañaba su inseparable compañero de aventuras: Roberto Huggins.

Era éste un enemigo irreconciliable de las mujeres, y así como Brown acariciaba ideas aristocráticas, él cifraba todos sus anhelos con la idea formada de no casarse mientras con-

servarse el uso de razón, que no pensaba perder.

—¡Súbete ahí para que veas como gano la carrera!—ordenó Sproat a su novia, al tiempo que los dos amigos y rivales, pues Huggins se solidarizaba con los intereses de Brown, pasaban por delante de ellos.

Diciendo esto, pasó olímpicamente por delante de ellos y se confundió con la multitud.

Se producen en la vida cosas contradictorias. Una de ellas era que José Brown y Sara, sentían mutua y recíproca simpatía que había entibiado bastante el hecho de que aquella admitiese relaciones con el bruto de Sproat.

En cuanto Brown la vió sola, se aproximó a ella.

—¡Que se me muera el burro sino parece usted una verdadera damisela! Me gustaría ganar la carrera para dedicar a usted mi triunfo.

Huggins desde una prudente distancia observaba a su amigo haciendo signos de desagrado. “¡Pobre Brown, pensaba, está loco de remate!”

Había llegado el momento solemne de correrse el Derby asnal. Brown se despidió de su amiga, al propio tiempo que le decía:

—Si gano el Derby... ¿me querría usted?

Sara no respondió; se limitó a dejar caer una flor sobre el verde musgo, y Brown la cogió, besándola con pasión.

Huggins había oido las últimas palabras.

—Dios quiera que no ganes, José, para que te veas libre de todo compromiso con esta mujer.

Y Dios le escuchó, porque el burro de Brown quedó muy rezagado. ¡Los excelentes burros irlandeses de Sproats eran los únicos!

Volvía Brown de la carrera taciturno y cabizbajo, seguido de cerca por Huggins. Pasó por delante de Sara y bajó la cabeza, pero la joven le detuvo y con su habitual sonrisa, le dijo:

—A mí no me importa que no haya ganado usted la carrera...

Como la dicha nunca es completa, dió la casualidad de que Sproats, el orgulloso, el engreído vencedor, viera a su novia charlando animadamente con su irreconciliable y natural enemigo. Corrió hacia ellos, apartó a Sara de un zarpazo y ofendió a Brown con ciertas palabras malsonantes.

Este no pudo resistir el insulto y soltó un bofetón a su rival. Se formó un círculo alrededor de ellos e iban a empezar a darse de puñetazos, cuando se interpuso un boxeador profesional.

—Si tienen ustedes ganas de darse de puñetazos, dénselos como es debido: en el ring. Será un número que no estaba previsto en el programa.



Había llegado el momento solemne...

Accedieron y en pocos minutos quedó organizado un verdadero partido de boxeo.

El profesional actuó de árbitro. Era mucho hombre Brown pegando directos y antes de terminar el quinto round su rival se dió por vencido.

—Usted, Brown, queda proclamado vencedor con todas las ventajas—le participó el árbitro.

Brown se aproximó a Guillermo.

—Ahora estamos en paz—le dijo—. Tú has

ganado el Derby por piés y yo he ganado el cariño de Sara por puños.

Sproat le despreció con una de sus olímpicas miradas y se escurrió.

—¡Te has salido con la tuya, José, pero ya te pesará!—aseguraba filosóficamente Huggins.

Aquella tarde regresaron a Londres en el tardo burro de Brown, éste y Sara. Detrás iba Huggins. Los jóvenes se hablaban de amor y su acompañante pensaba que las mujeres poseen mil recursos diabólicos para cazar a los hombres...

II

Mientras el caballo del tiempo corre desenfrenadamente...

José y Sara se casaron meses después.

Durante su primer año de matrimonio, José y Sara han sido completamente dichosos.

Un día, cuando Brown regresaba perezosamente del trabajo cotidiano, le sale al encuentro Huggins. Viene de su casa y con la respiración entrecortada quiere decir a su amigo algo muy importante.

—Vete corriendo a casa, José... ¡que Sara te ha traído ya el regalito!

Cruzó por el rostro de José una llamada de alegría y preguntó anhelante, conteniendo la respiración:

—¿Chico o... chica?

—¡Un chico más grande que una casa y más bonito que una libra esterlina!

Ha pasado un año más y la felicidad de José y Sara aumenta de día en día como aumenta la fortuna de Guillermo Sproat.

El que fué vendedor ambulante, como ellos, es ya propietario de una tienda de frutas y hortalizas que marcha prósperamente, pero ellos se confiesan que no cambiarían por nada del mundo su pobreza con cariño que la riqueza con avaricia de Sproat.

Huggins tiene el oficio de barrendero. Acerca de la mujer conserva las mismas ideas radicales que dos años antes... todavía. Un día toca sin querer con su escoba a un caballero. Se cruzan las miradas y Huggins reconoce al rival de su amigo.

—Mire como barre, ¿no vé que me ha manchado el calzado?—exclama el caballero, irritado.

—¡Cualquiera te conoce, Guillermo! ¡Pareces un lord!!

—Soy un comerciante rico y todo un caballero — responde displicente el ex-verdulero



Brown y Huggins.

ambulante—. Lo que nunca seréis ni tú ni tu amigo José.

Otro día, Sara levanta en vilo un cuerpecito sonrosado, con los cabellos rubios ensortijados que acaba de peinar cuidadosamente y lo presenta a su marido:

—Hoy cumple tres años. ¡Mira qué guapo está!

Brown profesa a Sproats el odio de siempre.

Sproats desprecia a Brown con su orgullo olímpico; le niega el saludo y cuando habla de él no es más que para menoscabarle.

De vuelta de un paseo, cierta vez, el pequeño de Brown, que es bastante travieso, se suelta de la mano de su padre y se queda parado delante del escaparate de Sproat. Este se acerca al niño, ignorando de quién es; le acaricia el pelo y le pregunta:

—¿A tí te gusta la fruta?

El niño dice que sí y recibe un magnífico plátano. Después el caballero le da una moneda de cobre.

Brown que visto la escena se acerca irritado:

—Guárdate tu dinero, que mi hijo no necesita nada tuyo—exclamó quitando la moneda de manos del niño y arrojándola a los pies de su rival.

Con la banana no puede hacer otro tanto, porque el pequeño Brown ya se la ha engullido.

La vida—creo que ya lo han dicho otros sabios compañeros nuestros—nos ofrece innumerables ocasiones para devolver las afrentas que nos infieren nuestros enemigos, y un día se le presentó a Sproat la oportunidad de que su hijo se ha reunido con el pequeño Brown, a la puerta de un bar en cuyo interior están sus padres tomando un refresco.

—¡Es cosa que me crispera los nervios ver a

nuestra hija rozándose con la gente baja!—dice Sproat, al tiempo que la separa del niño.

Aquellas palabras se clavan como dardos en los corazones de sus padres, haciéndoles recordar con tristeza lo bajo de su condición.

—Daría todo lo que hay en el mundo, por poder conseguir que nuestro hijo llegase a ser un caballero.

Otro día Sara hereda diez mil libras esterlinas de un lejano pariente. ¡Ya somos ricos!

—Parece un sueño ¿verdad? — exclama Brown.

—Lo primero—dice Sara aquella noche mientras hacen cábala sobre su porvenir—es pensar en nuestro hijo. Ahora es la ocasión de procurar que sea algo en el mundo.

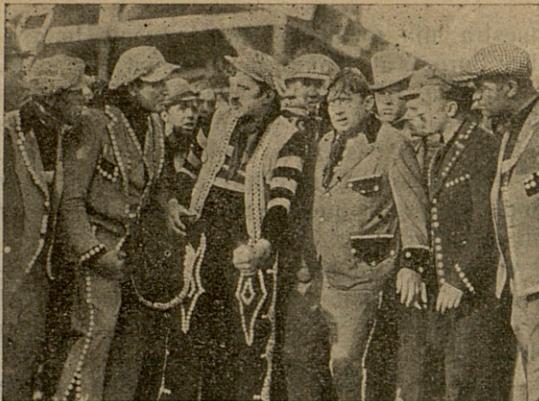
Después propone que lo inviertan todo en darle una buena educación, haciéndole un perfecto “gentleman”.

—¡Has pensado bien, Sara! ¡Así será!

Se consulta al abogado que ha intervenido en la herencia. Este, les hace observar que la separación que han proyectado puede hacerles perder su cariño. Tampoco les oculta que la distinta posición social a que le elevarían, podría enfriar su afecto.

—¿Han meditado bien?

—Sí, señor. Lo hemos meditado. Estamos decididos a gastarnos hasta el último penique haciendo de nuestro hijo un verdadero caballero.



—Si tienen ustedes ganas de darse puñetazos...

—Piensen que su hijo se va a criar en un mundo bien distinto al suyo y en el que ustedes nunca podrán entrar; que con esta separación, es posible que les olvide por completo.

—No importa: en sus manos lo dejamos. Devuélvanlo hecho un caballero.

El niño ha ingresado en un colegio aristocrático.

Han ido pasando los años. José y Sara no tienen el consuelo de poder ver a su hijo. La tristeza no les abandonará ya, pero cuando

piensan lo que podrá ser su hijo ¡su hijo! se resignan.

—Yo no creo que cometamos ninguna mala acción con ir a verle...—exclamó un día José Brown.

—¡Sí, sí; vamos!—dijo Sara.

Se vieron, sí, pero su hijo no les reconoció y volvieron más pesadumbrados que nunca.

—Sin embargo, parece feliz—comentó José por el camino.

Tenía de todo; no le faltaba más que una cosa: cariño.

—Me parece que se ha reido de nosotros—indicó Sara.

No se habían dado a conocer. El niño, como le llamaban, no tenía ni el más vago recuerdo de sus padres. Sólo recordaba su vida de colegio, desde la época lejana en que el conocimiento recibió el uso de razón; el colegio para él era cuna y nido....

—Pero ¿por qué no vienen mis padres a verme? ¿Es que se avergüenzan de mí?—solía preguntar a su protector, el abogado a quien había sido confiada su educación.

—Sólo puedo decirte para tu tranquilidad, que no es que se avergüencen de tí. ¡Algún día comprenderás el sacrificio que hacen y te sentirás orgulloso de ellos!

Entre tanto, Roberto Huggins sigue haciendo su vida, defendiendo valientemente su in-

quebrantable soltería de las acechanzas de dos viudas que trataban de perderlo.

Una de ellas es Carlota Smiff, una mujer conservada en alcohol o poco menos y la otra es dueña del establecimiento del que Roberto es uno de los mejores parroquianos.

El impenitente solterón se resiste heróicamente. No valen las artes de las viudas. Además, no puede resistir a ninguna de las dos.

El tiempo—caballo veloz que lo arrolla todo—no ha parado su carrera. Sara y José le han sentido pasar esperando, ansiosamente, el día en que habrán de ver a su hijo que, precisamente, es el que cumple sus veintiún años.

III

Escenas relativas a las diferencias de clase

El “niño” era un caballero, en el amplio sentido de la palabra, tal y como sus padres deseaban verle.

La vida del “niño” tuvo un tropiezo que Huggins habría calificado de grave: había tropezado con Diana Wickeham, hija de una de las familias más distinguidas de Londres y los dos se hicieron novios.



...y en pocos minutos quedó organizado un verdadero partido de boxeo.

El día memorable en que el “niño” debía ser presentado a sus padres, ella le acompañó hasta la casa del abogado, donde debía tener lugar el encuentro. Allí le suplicó que le aguardase unos minutos.

—Me figuro que te harás cargo, Diana, de que deseo asistir sólo a esta primera entrevista con mis padres.

Estos ya se encontraban en el despacho del abogado.

—No olviden—les dijo éste—que van a ver a un verdadero caballero. Van a alcanzar, al

fin, el premio del terrible sacrificio realizado por ustedes.

Marchó el abogado y poco después un criado introdujo a Ricardo Brown, el cual, no creyendo ni por asomo que aquellos dos viejos pudiesen ser los autores de sus días, se limitó a saludar con una leve inclinación de cabeza.

—¿Espera usted a alguien señor?—preguntó José Brown con voz anhelante reconociendo a su hijo.

—Sí; pero puedo esperar fuera, si es que molesto a ustedes.

Sara también le había reconocido y no pudiendo contener por más tiempo la emoción, se abrazó al joven, al propio tiempo que gemía:

—Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!

La impresión que recibió Ricardo, fué tremenda. ¿Aquellas gentes vestidas como pordioseros eran su padre y su madre? El alma le cayó a los piés. No; de ninguna manera el podía presentar a su prometida a semejantes padres. Sin querérselo confesar abiertamente, comprendía que se avergonzaba de ellos.

Sin embargo contestó con falsa efusión al abrazo que la mujer que le dió el ser le tenía. Pasados los primeros momentos, José Brown también se dió a conocer y por espa-

cio de un rato reinó cierta aparente cordialidad.

—¡Quién lo hubiera dicho!... ¡Quién lo hubiera dicho!... —exclamaba a cada momento Ricardo.

Pasado un rato, se dispuso a marchar.

—Tenemos que hablar de muchas cosas y con ese objeto iré a ver a ustedes muy pronto. Ahora me aguardan.

Le dejaron marchar. Entonces, más que nunca se dieron cuenta de que habían perdido para siempre al hijo de sus entrañas, por el que habían sacrificado toda su vida.

—¡Esto vale todo el dinero y todas nuestras penas! ¡Es un verdadero caballero!—decía José, tratando de engañar a su mujer con una falsa alegría.

Pasó el tiempo. Ricardo no hizo la visita prometida a sus padres. Mientras José y Sara le habían dado todo su dinero y su cariño, él había tomado sólo el dinero, para gastarlo como si nunca hubiera de tener fin.

Una vez que se hizo cargo de la fortuna que le entregó el abogado, empezó a derrocharla a manos llenas. No había capricho que no satisfaciese ni lujo que no cultivara.

En tanto, José y Sara, olvidados en absoluto por su hijo, vivían con la esperanza de que algún día iría a verlos.

Un día se presentó el abogado con un periódico en la mano.



...tú has ganado el Derby por pies y yo el cariño de Sara por puntos.

—Su alteza, vuestro caballeroso hijo, se ha quedado sin un chelín. Los caballos lentos y las amistades ligeras le han arruinado.

Y mostró el periódico a José, el cual leyó lo siguiente:

“Un conocido deportista arruinado.” — Ricardo Brown, cuyas audacias financieras en los concursos hípicos le habían hecho célebre, ha quedado completamente arruinado en el Derby corrido ayer.

Parece ser que había arriesgado a favor de su caballo todas sus disponibilidades.

Por el pronto los acreedores se han incau-

tado de todos sus caballos de carrera que son muchos y muy notables.”

—¡Quién sabe si esto lo habrá hecho Dios para que se acuerde de nosotros!—gimió la madre.

Cuando aquel día regresaba el abogado a su casa, halló a Ricardo Brown que le estaba aguardando.

—Llega usted muy oportunamente, señor Crayford. Tiene que hacer el favor de prestarme algún dinero. ¡Si Diana se entera de que estoy arruinado y la pierdo, pueda hacer cuenta de que he perdido cuanto tengo en el mundo!

—Yo no puedo prestarte nada — respondió el abogado—. Te avisé a tiempo y apesar de mis consejos has derrochado tu capital. Tus padres lo sacrificaron todo para hacer de tí un hombre de provecho—añadió después de una pausa—. Ya que no has sabido serlo en el plano social en que ellos te quisieron ver, haz frente a las realidades de la vida y demuestra que eres un hombre, cuando menos.

Diana le acogió con mucha frialdad, tal como se suponía.

—Me es muy duro decírtelo, Ricardo, y me destroza el corazón, pero tu sabes muy bien que tenemos que ser prácticos... Más vale romper nuestro compromiso.

—¿De modo que me rechazas... que me despides?—exclamó Ricardo decepcionado.

no se apresura a solucionar una situación que
no se apresura a solucionar una situación que
no se apresura a solucionar una situación que

no se apresura a solucionar una situación que
no se apresura a solucionar una situación que

IV

Unas páginas tristes y otras alegres

No es el tiempo sino las penas lo que agota el corazón, apaga la alegría de los ojos y hace salir las canas. Así, Sara y José, ven que se acerca el ocaso de su vida y lo van perdiendo todo... todo menos la esperanza que es, tal vez, el único hilo que les une con la vida.

Otro corazón atormentado, éste por el remordimiento, va errabundo por la ciudad y por primera vez de su vida, cae en un mundo desconocido para él, donde sólo pueden vivir los que son hombres—¡muy hombres!—: el mundo de los trabajadores y los miserables.

—Pero es que no tiene usted a nadie en el mundo?—le pregunta un hombre apiadado de su miseria.

—Creo que sí... no lo sé...—responde avergonzado de sí mismo.

—¿Y cómo no acude usted a sus padres?—inquiere el otro.



Aquellas palabras se clavaron como dardos...

—Me apartaron de su lado cuando era muy niño...

—Por este camino va usted a tener un mal fin. ¡Busque otro antes de que sea tarde!

Ha estallado la guerra y Ricardo se alista en el grupo de voluntarios.

El único que vive con cierto decoro es ahora Roberto Huggins. Ha envejecido tanto que no se le reconocería. Tiene un puesto de periódicos. Bien contra su voluntad, ha tenido que aceptar la ayuda pecuniaria de Carlota Smiff para desarrollar su pequeño negocio y parece que van a casarse...

Los padres de Ricardo, ya tienen noticias de que su hijo ha sentado plaza y se encuentra en el frente. Las largas noches de frío en la miserable buhardilla que la piedad les deja habitar, Sara se pregunta:

—¿Cómo pasará nuestro hijo esta noche?

Y José, a su vez, como si respondiese a sus propios pensamientos, exclama:

—¡Qué soldado más valiente hará!

—¡Calla que me desgarras las entrañas!— exclama la madre horripilada por el recuerdo sangriento de la guerra.

Y una noche, allá en el frente, la explosión de un obús siembra la muerte en derredor. Uno de los soldados que caen gravemente heridos, es Ricardo:

—¡Dios mío, no me dejes morir! ¡Quiero abrazarlos!

Los avances de la democracia por un lado y la guerra por otro, han borrado en gran parte las distancias que separaban a las distintas clases sociales. Parece que nos hemos hecho más humanos. La propia Diana Wickham, la ex-novia de Ricardo, ha entrado a desempeñar un cargo de enfermera en el hospital de sangre donde han traído al voluntario, y un día se reconocen.

—¡David...! ¿Pero eres tu, David!

El joven delira. Ve cercana la muerte.

Sabe perdonar a Diana generosamente y después le dice:

—Busca a mi madre... Dile que la he necesitado mucho... mucho... Diles que al fin he llegado a comprender su sacrificio y que mueren bendiciéndoles!

Mientras los soldados ingleses luchan en Francia, la codicia de un propietario arroja a los padres de Ricardo de la buhardilla. Este ser ambicioso, se llama Guillermo Sproat y es un antiguo tendero convertido en millonario.

José y Sara, resignándose con su suerte se encaminan al asilo. En la calle encuentran al viejo Huggins.

—Pero se puede saber adonde váis con esta cara de entierro?

José no puede hablar. Sara responde acongojada:

—Nos vamos al asilo de los pobres por si quieren tomarnos... Nos han echado de la casa, Huggins.

Roberto se indigna y yergue su entencho cuerpecito:

—Esto es cosa de Guillermo Sproat. ¡Vaya con don Guillermo, vaya! Ahora mismo voy yo a hacerle una visita.

Huggins ha cumplido su palabra. Ya no sólo hace la visita, sino que de paso, le propina unos magníficos golpes, le araña la cara,



...sus pupilas se iluminan y sus brazos se abren...

le patea y le habría matado si hubiese tenido otros instintos.

—Tú has mandado a José y a Sara al Asilo de los pobres, y yo te voy a mandar a ti al infierno.

El tiempo sigue corriendo, implacablemente. Las tropas de la Gran Bretaña regresan a sus lares victoriosamente, y la impenitente Carlota Smiff, que no ha cejado en su empe-

ño de llevar al pie del altar a Huggins, aprovecha la ocasión para decirle:

—Deberíamos celebrar el regreso de las tropas casándonos.

Huggins se irrita. Se ha vuelto un viejo irritable y quisquilloso, pero en hablándole del matrimonio, le yerva la sangre. Sin embargo, hace ciertas concesiones:

—No quiero volver a oírté hablar de boda hasta que José y Sara salgan del Asilo.

—Pues si no nos casamos hasta entonces, me parece que me entierran viuda—responde.

En esto, se acerca al puesto de periódicos un bizarro soldado, acompañado de una mujer.

—No sé si recordará usted de mí... Yo soy el hijo de José Brown. ¿Sabe usted donde están mis padres?

—¡Santo Dios: ya lo creo que lo sé! ¡Vamos volando!

El Asilo es la casa de los pobres. El gobierno y la caridad pública los mantiene, pero el reglamento es riguroso y hombres y mujeres ocupan distintos pabellones. José y Sara han tenido que acostumbrarse a esta separación impuesta por la rigurosa ley de los hombres que al dictarla no tenían la perspectiva de ser huéspedes de ninguno de sus establecimientos.

Los dos viejitos sólo pueden verse durante las horas del día, y aún a través de la reja que divide los dos patios de asilos.

Huggins, Ricardo Brown y Diana Wickham, que vuelve a ser y ahora definitivamente su novia, llegan al establecimiento.

Huggins entra chillando, como si pisara sus propios dominios y dice al primer empleado que encuentra:

—¡Pronto! Diga usted a José Brown y a Sara, su mujer, que hay aquí "dos" caballeros y una señora que desean verles.

Pero los trámites del Asilo son bastante lentos. No se puede disponer así como así y ordenar a la dependencia. Cuando los visitantes ya empiezan a impacientarse, aparece en el dintel de la puerta y se detiene allí un viejito vacilante.

—¿Es a mí a quien desean ver?—pero de pronto sus apagadas pupilas se iluminan y sus brazos se abren —¡Ricardo! ¡Yo... yo sabía que vendrías!

Padre e hijo se confunden en un efusivo abrazo. Pero aquí viene una viejecita que sin duda reclamará su parte. No ve bien y sus pies vacilantes, avanzan a pasos menuditos, arrastrándose sobre el solado. No ve bien, pero el corazón le hace presentir algo extraordinario.

—¡Eh, José... José...! ¿No es verdad lo que me estoy figurando? ¿Es tan sólo un sueño?

—Es verdad... madre... ¡mamá! Es la realidad que viene a darte toda la felicidad que te robó algún tiempo!—exclama Ricardo estrechándola entre sus brazos.

—¡David...! ¡David...! ¡Hijo de mi alma!

Ricardo se siente feliz y estrecha a sus padres contra su pecho.

—¡Mis viejitos! ¡Mis pobres viejitos!

—¡Vámonos ahora mismo de este caserón inmundo!—exclama Huggins.

Pero no pueden marcharse de momento porque la persona de Guillermo Sproat, está obstruyendo la puerta con su imponente volumen de millonario bien alimentado. Llega para hacer acto de contrición.

Avanza dos pasos dirigiéndose a sus viejos rivales, pero hablándoles esta vez con humildad:

—Venía a sacaros de aquí y a pediros perdón. He sido un equivocado toda mi vida. Ni con el odio se va a ninguna parte, ni el dinero da la felicidad.

—Todos hemos vivido equivocados, Guillermo—responde el viejo Brown—. Tú has tratado de encontrar la felicidad con el dinero, como dices, y nosotros privando del calor del cariño al hijo.

Todos al reconciliarse se han quitado de encima un peso de su conciencia. Pero para que la felicidad fuese completa, se ha presentado la ya inseparable compañera de Huggins: la viuda Carlota Smiff, la cual, al ver la escena, se arroja alborozada en brazos de Huggins:

—¡Ahora van ustedes a ver aquí a un hombre de palabra casándose conmigo!

—¡Como vuelvas a hablarme de la boda antes de que llegue el momento de decirle que sí al pastor, vas a oír un nō como una casa! ¡Hay que ver las prisas que te han entrado con el matrimonio, como si no hubiese tiempo de hacer ese disparate!

Entre tanto Huggins y su "novia" dirimen estos asuntos, Ricardo presenta a su prometida, la cual, en el transcurso de la escena, ha tenido que enjugarse los ojos varias veces.

—¡Madre: ustedes suspiraban por un hijo y aquí tienen dos!

—¡Tarde llega la felicidad, pero bienvenida sea!—responde Sara—. ¡Vosotros podéis ser dichosos, hijos míos, como lo hemos sido tu padre y yo, pero tened más juicio que nosotros!

—No hay señorona en el mundo, por muy encopetada que sea, y usted perdone—añadió José, dirigiendo la disculpa a Diana—que la cambiara yo por esta viejecita tan querida.

—¡Ni yo a tí por el caballero más encopetado, José! — respondió Sara estrechándose contra el cuerpo de su marido.

—Vámonos de aquí cuanto antes porque ésta tomará vuestro ejemplo y se pondrá a a hacerme melindres, cosa que no resistiría —¡voto a Dios!—sin romperle una costilla!

FIN

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas

Biblioteca ENCANTO

Recomendable para la juventud y familias por su interés y moralidad.

TOMOS PUBLICADOS

- 1 *Yo soy como la manzana*, por Clovis Eimeric.
- 2 *Amor que no muere*, por Alonso Vaugneray, traducción de Ricardo Prieto.
- 3 *¿Dónde hallar un novio?*, por Clovis Eimeric.
- 4 *La venganza del amor*, por Antonio Guar diola.
- 5 *El heroico don Juan*, por Clovis Eimeric.
- 6 *Corazón dormido*, por Ricardo Prieto.
- 7 *Zapato que yo me quito...*, por C. Eimeric.
- 8 *Agua mansa*, por Ricardo Prieto.
- 9 *La novia del asesino*, por Clovis Eimeric.
- 10 *Corazones unidos*, por Pedro Nimio.



Precio: 60 céntimos
